

ÍNDICE

Introducción	9
Primera parte	11
Segunda parte	111
Tercera parte	163
Cuarta parte	213
Quinta parte	263

Introducción

En 1688, el nacimiento de un heredero católico al trono inglés provocó un golpe de Estado conocido como la Revolución Gloriosa. Jacobo II Estuardo, rey legítimo de Inglaterra, Escocia e Irlanda, fue derrocado por el Parlamento. Su hija María y su yerno «Guillermo III de Orange» ocuparon el trono. En Irlanda y Escocia no se aceptó el destronamiento del rey y los nobles se alzaron contra la usurpación del Parlamento. Irlanda se convirtió en el centro de la resistencia y allí desembarcó Jacobo II acompañado de tropas francesas. En 1690, en la batalla del Boyne, los mercenarios alemanes de Guillermo III derrotaron a los legitimistas irlandeses y Jacobo II tuvo que marchar al exilio, donde moriría en 1701.

No fue el único en acabar en el destierro, la práctica totalidad de la nobleza de Irlanda le siguió a Francia en 1691, donde oficiales y soldados formarían la célebre Brigada Irlandesa, una de las tropas de choque más

temidas del siglo XVIII. La emigración a Francia, España, Austria y hasta a Rusia sirvió a los jacobitas —que así se llamaban los fieles a la causa de Jacobo II— para escapar de la servidumbre y la opresión en sus países. Entre 1691 y 1748, miles de irlandeses abandonaron su tierra natal para enrolarse como soldados de fortuna en los ejércitos europeos.

En 1740, cuando apenas quedan esperanzas de regreso a Irlanda, estalla la Primera Guerra de Silesia o Guerra de la Pragmática Sanción, hoy conocida como Guerra de Sucesión austriaca. Federico II invade y conquista la Silesia de los Habsburgo y desencadena un conflicto europeo que enfrenta a Francia y sus aliados dinásticos frente a Inglaterra y Holanda. En Roma, donde mantiene su corte en el exilio, Jacobo III Estuardo, el hijo de Jacobo II, tiene la oportunidad de que se restaure a su dinastía en Inglaterra y Escocia, donde reina la aborrecida Casa de Hannover, sostenida por la oligarquía parlamentaria y la nobleza, pero odiada por los hidalgos y el pueblo. Por primera vez en cincuenta años, los irlandeses desterrados en Francia y España se ven muy cerca de cumplir su sueño: restaurar a su Rey legítimo y retornar a sus tierras para sacar de la opresión a la mayoría católica de Irlanda. Todo depende de la suerte de las armas.

PRIMERA PARTE

I

En el campo de Orcq, 30 de abril de 1745

Tras el foso que rebosa de agua verduzca, a punto de desbordar los canales, se eleva un talud de tierra recién aplanada, concebido para defender la aldea de posibles sorpresas. Sobre él, ociosos y negligentes, pasean los soldados. Una batería eleva sus tubos de bronce hacia los muros de Tournai. Más allá, la vista se pierde en un enjambre de trincheras y parapetos, de caballos de frisa y empalizadas de coscoja. Las tiendas blancas del campamento se alinean en un orden riguroso, defendidas por los terraplenes.

Unos soldados de rojas casacas pasean bajo la bandera de cuarteles rojos y verdes del coronel Lally. Perezoso ajetreo de hombres, mujeres, caballos y carruajes. Se oyen unos disparos a lo lejos. Los defensores de la ciudad dan señales de vida, pero los habitantes del

campamento siguen con su rutina. Las lavanderas lavan. Los soldados trabajan o tratan de parecer ocupados. Un viejo suboficial, más criado que combatiente, chupa su pipa y mira a la lontananza. Sabe que el señorito Francis anda por allí, por donde suenan los tiros.

Los holandeses trataban de alcanzarlos, no tenían nada mejor que hacer. Pero los dos intrusos continuaban parapetados tras unos alisos, dedicados a lo suyo. El mayor, un hombre fornido de unos cincuenta años, alzaba su poderosa cabeza entre la fronda y observaba con un catalejo cuyos destellos metálicos excitaban la puntería de los centinelas. Seguro que ya algún oficial había ofrecido un par de monedas al que lo alcanzase. A su lado, un jovencito imberbe, delicado, rubio y esbelto se sentaba sobre una silla plegable de lona y se aplicaba a delinear un croquis de las defensas de la Puerta de Valenciennes. De vez en cuando, algún holandés hacía saltar una rama de un balazo y sus hojas caían sobre el papel donde el joven trazaba de manera precisa las líneas y contornos del reducto enemigo.

—Tío, ¿lo que hay detrás del terraplén es una barrera de serones? —preguntó el joven.

—Me parece que sí. Espera.

El hombre se alzó y apuntó con su catalejo. Entonces, una serie de fogonazos empezaron a brillar tras las murallas. Uno de los proyectiles hizo volar el tricordio del curioso, que cayó al barro con un agujero. El destocado se lamentó de que se echara a perder de esa manera un sombrero nuevo.

—Tío, tenga cuidado.

—Tranquilo, es más el ruido que las nueces. A esa distancia es casi imposible que una bala me atine. Gastan pólvora a lo tonto.

—A veces los cálculos fallan —respondió el sobrino.

—Puede... si no apuntasen. Si se entregasen al azar tendrían mayores posibilidades de éxito que intentándolo con toda su atención.

En ese instante una bala rebotó y vino a destrozar el estuche del sobrino. Los carbonillos, los cartabones, el pie de rey, las reglas, el compás, todo se desparramó por el suelo.

Aquello no inmutó al tío:

—Si tirasen hacia otro objeto, al ser casi infinitas sus posibilidades de error, podrían matarnos. A más de doscientos pasos y con la vista fija en nosotros, sólo producen daños inútiles, como destrozar este hermoso galón de mi tricornio que me había bordado y cosido tu prima. Es lo peor de la guerra, las cosas bellas que se destruyen sin motivo. Pero no te preocupes, jamás nos darán: la resistencia del viento, el alma del cañón de su mosquete, la cantidad de pólvora con la que han cebado el cartucho... Todo conspira contra su fin.

—Tenga cuidado, tío, no vaya a alcanzarlo un holandés que no haya leído a Newton.

Los defensores parecían cansados de tanto disparar. Tampoco podían salir a apresarlos, con el río casi desbordado y los parapetos entre medias los verían venir con facilidad. El adulto se sentó bajo un aliso y echó mano del morral en el que guardaba algo de queso y pan. Cortó unas rodajas, sacó un pequeño plato de porcelana y destapó la cantimplora, repleta de excelente Mosela.

—No entiendo muy bien nuestra misión. Esta fortaleza la ideó el insigne Mesgrigny y el señor de Brocard tiene planos muy detallados. Si no me equivoco, el joven Nézot levantó una maqueta de la plaza —dijo el tío.

—Sí, yo la vi en Lila —repuso el sobrino.

Volvió a llover. Así se despedía abril en Flandes, ese reñidero de Europa: con barro y con agua y con esclusas rebosantes. El sobrino se apresuró a resguardar sus papeles en una carpeta de piel. El tío guardó su plato de porcelana, su queso y su pan y cerró la cantimplora, no se le fuese a aguar el vino.

Se marcharon del soto de alisos y, a medida que avanzaban, la lluvia arreció y los dos oficiales tuvieron que correr. Lo que no habían conseguido los mosquetes holandeses lo lograban las negras nubes que venían del Mar del Norte.

Con los sombreros deformados, con los capotes azul oscuro chorreantes, con el paso cada vez más rápido, los dos oficiales se acercaron por un camino repleto de roderas anegadas y lodo a Orcq, donde los centinelas les dieron un breve y tosco alto. En los márgenes de la vía unos majestuosos castaños conseguían sobrevivir pese a las necesidades de leña del ejército. Las casas apenas mostraban los efectos de la contrabatería holandesa: sólo uno o dos huecos en algún tejado y marcas de metralla en las paredes. Un alto terraplén ocultaba seis bocas de fuego. Detrás, los grandes armones que transportaban la artillería. Los sacos de pólvora se protegían en un granero vigilado por dos indiferentes centinelas.

Se encaminaron por la calle principal hasta una vivienda amplia, de hechuras nobles, la mejor de Orcq, en la que se alojaba el señor de Brocard, jefe de los artilleros

del rey. Tras presentarse ante la guardia, un portero suizo impecable y galonado les despojó de sus húmedos capotes y les hizo subir por una sólida escalera de ladrillo hasta un salón muy amplio, sin adornos, iluminado por la luz de sus grandes ventanales. Allí, sobre un sillón de terciopelo rojo, con las pantuflas acomodadas en un escabel de cretona, con el chaleco bermejo abierto, con la peluca sobre un taburete y con un vaso de Tokay en la mano, estaba el gran cañonero, un mito del cuerpo junto al célebre Destouches-Canon. De pie, un húsar del señor de Berchenyi guardaba una nota en su faltriquera. Saludó al mariscal y se marchó. Al joven la presencia del jinete se le hizo más notoria al ventear lo que creyó olor a bosta y a sudor de caballo. El húngaro, indiferente, cruzó ante los recién llegados con sus bigotazos negros, su largo pelo hirsuto y su gorro de piel. Había algo bárbaro y temible en los húsares que ellos mismos se esforzaban en acentuar.

—Mi querido barón de Grant, pasad y tomad asiento —dijo de Brocard—. Veo que nuestro joven ha cumplido con su labor.

—En efecto, excelencia —repuso el barón—. Mi sobrino ha realizado los croquis bajo el fuego enemigo sin que le temblara el pulso.

—Esa es la mejor virtud de un ingeniero, no estremercse bajo las balas mientras dibuja un plano o dirige una obra —contestó el mariscal.

El corpachón del gran artillero se incorporó un poco y recogió la carpeta del joven. Miró los planos y asintió con un leve gruñido.

—Está igual que cuando la diseñó Mesgrigny. Han dispuesto sus barricadas y parapetos a la holandesa, como dicta la doctrina del viejo Coehoorn. La rutina, mi

querido Grant, la rutina... Esto es como jugar al ajedrez con un buen aficionado o, mejor, como bailar una danza que siempre tiene los mismos pasos. Aquí están mis libros: Cattaneo, Vauban, Béliador, Errard... Seguro que el comandante holandés tiene los mismos. Eso es el ejército: un noventa y cinco por ciento de rutina, ordenanzas y logística, un cuatro por ciento de fuego y acero y sólo un uno por ciento de imaginación. Cañones, hombres, dinero: eso es todo.

—Entonces, señor, estamos perdidos; eso es lo que les sobra a los ingleses —repuso Grant.

Brocard sonrió. Volvió a mirar los croquis y dio un leve silbido.

—Joven, tenéis un talento extraordinario para el dibujo. ¿Cuál es vuestra gracia?

—Francis O'Beirne, subteniente del regimiento de Lally, de la Brigada Irlandesa.

El jovencito se había sonrojado un poco.

—¿Sois hijo del caballero de O'Beirne, el que murió en Philipsbourg? —preguntó el artillero.

—Sí, señor.

—Es una pena que estéis bajo las órdenes de ese bárbaro de Lally, un tipo que puede recitar a Horacio y abrir en canal a un enemigo. Y me atrevo a apostar que podría hacer ambas cosas a un tiempo. Sería una desgracia que os sacrificara en una de esas cargas temerarias de la Brigada. Cualquiera granadero hessiano os puede reventar a bayonetazos y yo necesito de vuestro talento. Ya encontrará el señor de Lally otras cabezas más duras que reventar, ¿no os parece, barón Grant?

El tío fijó sus ojos en el sobrino, que estrujaba sus manos, cohibido.

—Señor, creo que será de mayor servicio de ingeniero que de infante. Pero su hermano mayor es capitán de su compañía y no sé qué efecto le produciría ver a su benjamín emancipado.

Francis se hallaba muy nervioso y, como casi siempre, indeciso. Si rechazaba el ofrecimiento del señor de Brocard, perdía una oportunidad de hacer carrera. Por otra parte, en su familia todos habían sido infantes. Todos habían demostrado su valor en las cargas temerarias de Neerwinden, Oudenarde, Malplaquet... Allí se probaban los hombres. Y él, todavía, no había conocido un combate.

Como si adivinara sus pensamientos, el señor de Brocard se acercó al muchacho y le puso su mano encima del hombro.

—Sé que dudas, por lo que no voy a dejar que tomes una decisión. El ejército de Su Majestad Cristianísima no puede esperar. Voy a dictar tres oficios: uno para el señor de Lally, otro para Milord Clare y otro para el marqués de Brezé. A partir de este momento quedáis bajo mis órdenes. Yo mismo os inscribiré en la nómina de ingenieros.

Se empezó a escuchar el cañoneo de los sitiados. Nada importaba. El pensamiento del subteniente vagaba por un paisaje de polígonos, glacis, enfiladas, baluartes, revellines y muros de cortina.

El capitán Ulick O'Beirne contempló al soldado Galvin. Las quejas de una vieja airada podían ser su ruina. Galvin entró en el corral de la granja para robar unos huevos.

La anciana lo siguió y lo denunció al sargento del piquete. Lo arrestaron y ahora comparecía ante el capitán. A su lado, indignada, la vieja blandía un salvoconducto con las armas del mariscal de Sajonia que Galvin, el muy idiota, había violado. Y eso se castigaba con la muerte. Miles de esos impresos colgaban de las puertas de las casas de los paisanos y prevenían el saqueo y el robo con duros castigos.

¿Qué hacer? El capitán sacó de su bolsillo un luis de oro y sobornó a la anciana para salvar a su soldado. Nunca había hecho peor negocio él ni mejor la vieja.

—La cesta de huevos más cara del mundo —se quejó.

La vieja retiró sus denuncias. Ella y el sargento del piquete se marcharon.

El capitán miró a Galvin y se recreó en su expresión estúpida, irritante, de semianimal.

—Debería dejar que te ahorcasen. ¿Sabes leer?

—No, mi musió capitán Ulick.

El capitán blandió la hoja ante su cara.

—Aquí dice: *Está expresamente prohibido, bajo pena de muerte, a todos los soldados, jinetes, dragones y a cualquier otro sin excepción el hacer ningún mal o daño en la propiedad de* —y leyó el nombre escrito a mano sobre el impreso— *la señora Perrenot. Prohibimos bajo pena de la vida a todos los soldados y a cualquier otro tocar o robar cualquier cosa en la propiedad de la señora Perrenot, a la que nosotros hemos tomado bajo la protección del rey y de nuestra salvaguarda particular. Dado en el campo de Tournai el 29 de abril de 1745. El mariscal de Sajonia.* Y lo sella con sus armas. Y aquí, en lo alto, ¿sabes qué es esto?

El soldado esbozó en un gesto su ignorancia abismal.

—¡Son las lises de Francia! —le gritó el capitán—
¿Sabes lo que significan? Que has desafiado la autoridad
del rey y deberías colgar del primer roble que encontremos.
Cualquier imbécil, incluso tú, sabe lo que representan.
Y pegadas en un edicto en la puerta de una casa, más.
He comprado tu vida por un luis de oro. Puedo hacer con
ella lo que quiera... y lo que me apetece es matarte.
Pero el rey necesita de tu cuerpo y de tu pobre espíritu
para ganar esta guerra. Que tu castigo te lo apliquen
los ingleses.

El capitán lo obligó a desaparecer de su vista con
un gesto imperioso.

—¿Cómo se siente el feliz comprador de una vida
humana?

A su espalda, con gesto risueño, estaba su amigo,
el capitán Alexander Geogehan, pelirrojo y pálido como
la muerte.

—No me fastidies, Sandy. Tendría que colgarlo de
un árbol.

—¿Y perder un hombre de tu compañía? ¿Qué
diría el coronel Lally?

—Creo que el rey de Prusia nos da lecciones en
eso, como en todo lo demás —repuso Ulick—: a estas
bestias sólo se las arregla a baquetazos. Aquí, en Francia,
no se les puede tocar... tienen una espada y se creen
caballeros. Si lo ahorco, pierdo un hombre y dinero. Si
lo perdono, vuelve a las andadas. Y volverá, seguro.

—Si lo reventaras a baquetazos, el mismo mariscal
de Sajonia te reprendería —dijo Geogehan.

Ulick rezongó:

—Nosotros no les pegamos y nuestros castigos,
sobre el papel, son tan graves que no nos atrevemos a

ejecutarlos. Si ese bobo roba unos huevos, hay que colgarlo. ¿No sería más útil darle una docena de latigazos? Conservamos su cuerpo y castigamos su delito. Las penas ejemplares son casi siempre injustas y poco prácticas. En cambio, el ejército inglés, como el prusiano, es un penal uniformado; las más pequeñas faltas tienen un castigo tan humillante que nadie se atreve a cometerlas. Ahí sí que saben lo que es este negocio, este oficio.

—Este arte —ironizó Geogehan.

Los dos oficiales marcharon hacia la tienda del mayor Glascock. Su criado le afeitaba y él permanecía quieto en el incómodo asiento. Miró con cara de malas pulgas a Ulick, pero se contuvo hasta que el sirviente acabó su tarea. Tras quitarse unos paños calientes del rostro enrojecido, se acercó a él:

—Ya me han contado la historia de los huevos —dijo Glascock—. Hay que echar tierra al asunto, pero hemos dado muestras de indecisión y la canalla huele la falta de carácter. Si no tenemos una batalla en breve, este campamento se degradará. Hace falta una sangría para evitar un motín.

Un criado se acercó con un espejo. Glascock se miró en él y acarició la piel suave, tibia y rasurada. Después, con un gesto, le indicó a su oficial que se retirase.

El capitán Ulick se despidió de su superior. Al salir de la tienda alzó la vista y contempló la enseña del regimiento. En otros postes más lejanos se adivinaban las otras banderas de la Brigada: Rothe, Dillon, Berwick, Bulkeley y Clare. También la cruz blanca sobre campo amarillo del regimiento de Normandía y el saltire azul y blanco del Royal Écossois. Irlandeses, alemanes, suizos, italianos, escoceses, húngaros, croatas... todos ellos eran Francia, bajo

banderas y casacas diversas, a las órdenes de un mariscal alemán, Mauricio de Sajonia, y de generales con nombres nada franceses: Loewendal, Berchenyi, Clare, Dillon, Ogilvy... Llegó a cinco pasos de la primera línea de tiendas, donde un soldado con la espada desenvainada montaba guardia bajo la bandera. Un fusil descansaba apoyado en una horquilla. Admiró aquella serie de calles de lienzo blanco, con los haces de mosquetes a la entrada de las tiendas, cubiertos por un forro negro. Dentro, los hombres se dedicaban a arreglarse el pelo, a fabricar cartuchos, a limpiar sus armas, a colocar las mechas y el aceite de las lámparas, a acarrear las cacerolas en las que bullía el rancho de carne de buey. Ulick se sabía de memoria aquella disposición: ciento seis tiendas por batallón: siete para los granaderos, noventa y seis para los infantes, tres para los tambores — las infantiles mascotas privilegiadas, el codiciado símbolo del regimiento que siempre quieren apresar los enemigos, casi tanto como la bandera—, una para el cirujano, otra para el capellán, las de los criados del coronel, siempre delante del pabellón de éste... Detrás de todo, las tiendas de los oficiales: los capitanes a veinte pasos de los tenientes; los tenientes coroneles a cincuenta pasos de los capitanes... Una rutinaria geometría de líneas rectas y puntillosos órdenes de preferencia que trasladaban a la efímera ciudad de tela las jerarquías de la ciudad de piedra.

El regimiento de Lally, como el más reciente de la Brigada Irlandesa, ocupaba un puesto menos privilegiado en el orden castrense que los veteranos de Clare y Dillon, con más de cincuenta años de servicios. Sin la guerra presente, jamás se habría formado. Después de cuatro años de campañas, surgió la necesidad de disponer de más tropas para defender la frontera norte de Francia. Promovido

muy joven de teniente a capitán de la sexta compañía, Ulick se pasó un año reclutando desertores del ejército inglés o del imperial, atrayendo a sus banderas a mozos salidos de las aldeas de Connacht y Leinster que cruzaban el mar en los barcos de los contrabandistas, fugitivos de la opresión y la pobreza de Irlanda. Durante dos años, su vida se había reducido a interminables ejercicios de instrucción: cómo manejar el arma, cómo marcar el paso, cómo obedecer las órdenes, cómo montar y cargar con la bayoneta, cómo marchar en columna, en pelotón, en fila... Cómo ser un autómatas, un engranaje de ese ser colectivo con unos colores y una bandera: el regimiento.

Las plazas de armas se sucedieron: la ciudadela de Lila, el puerto de Calais, los arenales de Dunquerque, los campamentos de Peruwelz y Warneton, los mismos barrizales que su padre y su abuelo fatigaron. Allí aprendieron a evolucionar sus treinta y seis irlandeses, dos croatas, cinco ingleses, cuatro alemanes, tres suecos y un único polaco. Todos los sargentos y oficiales venían de Irlanda. Aquello ya no se parecía a los pelotones del tiempo de su abuelo, repletos de irlandeses, después de la gran emigración de 1691, de aquellos matarifes del ejército, según la opinión del duque de Vendôme, que siempre los quería a su lado.

Volvió a caer con fuerza la lluvia. Oscurecía. Corrió hacia su tienda con Geogehan. Allí, Thady les había preparado la mesa con un bouillon bien caliente de buey de Auvernia, pan blanco y una botella de Beaujolais.

—¿Y mis hermanos? —preguntó Ulick.

—El señorito Francis se marchó con su tío. El teniente James llegará pronto.

—Más les vale —gruñó Ulick—, esta noche nos toca el piquete.

Thady había cocinado el buey con laurel y pimienta. Sabía fuerte. Una densa salsa oscura, con efluvios de limón, perfumaba el paladar. Geogehan se quedó parado, con el tenedor en el aire.

—Thady, eres digno de un mariscal de Francia —dijo—. Cualquiera día te raptarán.

—Soy un pellejo; el capitán es muy bueno dejándome venir con él. Si no, me tendría que quedar en Saint Germain, con las mujeres...

Ulick se fijó en la cara surcada de tajos de Thady. Su sucia peluca a la Cadogan lo asemejaba a los carcamales escoceses que venían a rendir homenaje al príncipe Carlos, viejas reliquias del tiempo de Jacobo II.

—Thady —le dijo Ulick—, debes comprarte una peluca nueva. El reglamento ordena que lleves el pelo blanco y recogido en una coleta.

Thady, en un arranque de dignidad, se estiró y contestó con patética solemnidad:

—Señorito, con todos los respetos, el tocado que llevo lo usan los senadores de Venecia, los magistrados franceses y los grandes nobles de Escocia. Y Thady Shanley, descendiente por su lado materno de Brian Boru...

—Vale, vale, déjate ya de reyes y de senadores.

Un hombre joven entró en la tienda. Era de mediana estatura, complexión fuerte, ademanes tímidos.

—Pasa, Jamie, estábamos esperándote —dijo Ulick.

El joven se apropió de una silla de mimbre y se sentó a la mesa. Thady no tardó en servirle un plato.

—¿Sabes algo del tío y de Francis? —le preguntó James a Ulick.

—Nada. Marcharon a tomar unos planos y todavía no han vuelto.

James hizo un gesto de silenciosa preocupación.

Los comensales empezaron a hablar de temas del servicio, de mujeres, de caballos y de partidas de faraón. A lo lejos se podía oír el cañoneo enemigo. El fragor se hizo cada vez más intenso por la contrabatería francesa. Al cabo de unos minutos volvió la calma al campo de Tournai.

—¡Quemar tanta pólvora para agujerear un par de graneros! —se rió Geogehan.

Thady apareció con unas copas de malvasía. Las paladeaban cuando llegaron Francis y el tío.

—Niño, llegas a tiempo para el piquete —le saludó Ulick—. Come algo rápido.

—Va a ser su último piquete —proclamó el mayor Grant.

—¿Se va a meter a cura? ¿Está enfermo? —bromeó Geogehan.

—Enfermo de suerte. Brocard quiere que sea su observador. Mañana llegarán los oficios firmados por todos los gerifaltes.

Francis seguía de pie, cohibido, temeroso de la reacción de su hermano al ver que abandonaba la compañía y la dejaba con un oficial de menos, aunque bisoño. James apenas acababa de conseguir el grado de subteniente y le sacaba dos años. Ulick, con doce de servicios, sólo llevaba dos de capitán. Él, con diecisiete añitos, ya figuraba en un lugar de privilegio en el escalafón.

Ulick sonrió. Se levantó y abrazó al benjamín, el mismo cuya tutela le había encomendado su madre entre lágrimas. El chavalito que salió de Saint Germain-en-Laye con la mirada llorosa y un uniforme rojo que le venía grande, el amorcillo rubicundo de los padres oratorianos,

el jovencito discípulo del caballero de Ramsay, el niño que jugaba a los pies de los viejos cortesanos de Jacobo II, los Dicconson y los Booth, empezaba a ser alguien.

—Se ve que el dibujo y las matemáticas del tío sirven para algo —dijo Ulick.

—Pues claro —contestó Grant—. Francis es la mejor cabeza de la familia: podría ser ingeniero, arquitecto o artista. James prefiere las humanidades a los números, pero creo que también podría abrirse un camino fuera del ejército. Sólo tú, Ulick, estás hecho para las armas.

—Para eso nacemos los caballeros de mi casta, para nada más.

Se oyó un ruido de pasos en el exterior y al poco se presentó el sargento Meagher, el hombre de confianza de Ulick. Veinte años de servicio. Robusto, de una consistencia maciza. El rostro duro, cortado por una gran cicatriz. Los ojos pequeños y azules. Los hombres estaban en perfecto estado de revista. En breve, los redobles de un tambor anunciarían el relevo de las compañías del piquete. Los oficiales apuraron su comida y se aprestaron a salir de la tienda.

Esperaba una larga vigilia. Todos tenían colocados los arreos de combate. La lluvia ya no caía, pero el agua había vuelto el suelo muy pesado. Era difícil caminar.

Ulick y James tomaron sus espontones y formaron a la tropa. Los sargentos revisaron el orden de marcha en columna, con los veteranos en cabeza y en la retaguardia y los bisonos en medio. Ulick se puso al frente; detrás de él iba Meagher. Iniciaron la marcha con cuidado, intentando no resbalar, cubiertos con sus capotes oscuros y con el fusil sobre el antebrazo derecho.

Francis, en medio del pelotón, caminaba junto a su amigo de la infancia, James Sarsfield. Las antorchas iluminaban el campamento.

Al llegar ante la bandera los esperaba el capitán Grace con su compañía formada. Se efectuó el relevo y los soldados de Ulick rompieron filas. Galvin se quedó ante la bandera, con el sable desenvainado, de guardia; le esperaban muchas horas bajo la lluvia.

Al entrar en la tienda de los oficiales del piquete, a Francis le invadió una súbita timidez, un arrepentimiento teñido de vergüenza por abandonar la tarea del verdadero soldado para disfrutar de una situación más privilegiada, más cómoda, de menor riesgo. Estaba con ellos, pero no era uno de ellos. Ni siquiera cuando apareció Thady con una gran jícara española de chocolate caliente se animó. Tropa y oficiales, sin embargo, disfrutaron de los bizcochos y del brebaje que habían preparado las vivanderas. Ulick le ordenó a James que diera pronto buena cuenta de su chocolate y que se llevara a una sección de la compañía a rondar por el camino de Tournai.

El mayor Glascock irrumpió en la tienda.

—¡El Señor ha atendido mis plegarias! ¡Cumberland se acerca con cincuenta batallones! —proclamó, contento de que por fin se produjese la redentora sangría.

—Espero que nuestros amigos franceses no nos vuelvan a dejar tirados como en Dettingen —dijo Ulick.

—Nosotros *somos* franceses —repuso Glascock con dureza.

Ulick prefirió no discutir. Él se consideraba súbdito de Jacobo III, el rey sin corona de Inglaterra y Escocia, el legítimo heredero de la Casa de Estuardo. Por contrato y juramento, por honor y gratitud, combatía

por el rey de Francia. Pero era irlandés, nacido después de cincuenta años de destierro, y sólo conocía su patria por los desembarcos clandestinos en busca de reclutas. Glascock era uno de los que se adaptaron y se adoptaron, como Lord Clare; se encontraba demasiado bien en Francia como para imaginar una eventual vuelta a la patria de sus ancestros. Igual que su tío, que había transformado su nativo y tosco Rory O'Beirne en un parisino Roger de Berne. Ulick sabía que lo más probable era que muriese en el destierro, sin regresar a las ya legendarias praderas de Elphin ni al perdido castillo de Dungan, a los parajes de los que su padre aún guardaba una imagen infantil y legendaria. ¿Cuánto duraría en la memoria familiar el recuerdo del país de Tir Bruin? Los judíos llevaban miles de años recordando Jerusalén. Los nobles de Irlanda que, como los patos salvajes, habían emigrado al sur, ¿conservarían la sombra de una nostalgia al cabo de cincuenta años? Si los hombres de 1745 no consiguen regresar, nada de aquello pervivirá. Son muchas tres generaciones de destierro.

Una serie de disparos lo dispensó de seguir pensando. Dio de inmediato la orden de combate y los centinelas extendieron la voz de alarma. El ruido venía del camino de Tournai. El piquete se puso en marcha y se vio envuelto en un tiroteo al poco tiempo. La única forma de orientarse en aquel caos nocturno era divisar los fogonazos del enemigo y disparar en esa dirección. Los diversos piquetes de la Brigada ocuparon los parapetos. Ulick decidió que el suyo avanzara por el camino de Tournai para atacar a los holandeses. El coronel había transmitido su combatividad a los soldados y oficiales de su tropa; quería que los hombres de Lally fuesen

temidos y respetados pese a la mínima antigüedad del regimiento. Al avanzar en busca del enemigo, Ulick sabía que comulgaba con su jefe: darles duro, moverse continuamente, perseguir, atacar, dar y dar y dar hasta sacarles el alma a golpes. El coronel quería oficiales que se arriesgaran y obrasen por su cuenta, con autonomía y hasta con temeridad.

Marcharon por el camino embarrado con precaución. Una gran bengala les iluminó y los mosquetes de Tournai comenzaron a hacer fuego sobre ellos. También les disparaban desde la fronda. Los holandeses habían hecho una salida. La tropa respondió.

—¡Dadles candela! —gritaba Meagher.

Desde la ciudad empezaron a disparar algunos morteros. No hacían mucho daño, pero levantaban grandes columnas de lodo y ponían nerviosos a los soldados.

Francis se acercó a Ulick.

—Los que nos disparan vienen por un sendero que hay a unos cien pasos de aquí, oculto por una granjita en ruinas. Si no hacemos ruido y nos alejamos por una senda que está unos treinta pasos más allá, oculta entre cercados y maleza, los podemos copar, ya que llega hasta la misma granja.

Ulick le dio una palmadita en la cara a su hermano.

—Niño, eres nuestro ángel de la guarda. ¡Bendito capricho el de revisar los planos!

Ulick dio la orden de alto el fuego y de guarecerse entre los árboles. El piquete permaneció rodilla en tierra mientras los holandeses seguían disparando. Ulick le explicó el plan a James y a Meagher. Francis les guiaría a él y a una escuadra por el sendero. Mientras, James y Meagher se quedarían en el camino distrayendo a los holandeses.

Los hombres de James volvieron a hacer fuego. Una granada estalló entre ellos y uno de los suecos gritaba algo. Le habían dado. Francis y Ulick avanzaron con su escuadra en fila india. Al internarse por el sendero escucharon los lamentos del sueco y la voz ronca de Meagher soltando todo tipo de tacos. Cayó otro mortero. Ellos avanzaban en silencio, como orugas que se tocan unas a otras. Francis llegó a la verja de la granja; Ulick y cuatro soldados más saltaron la valla y entraron en la pequeña propiedad. Encontraron un perro degollado y a dos desprevenidos granaderos holandeses a los que redujeron en silencio. Ulick volvió a la verja y dio la orden de saltarla a los demás con mucho sigilo.

Francis y los quince hombres restantes avanzaron con lentitud. Ulick se había subido a un árbol y estimaba que en la granjita de un solo piso había unos diez granaderos, pero estaban todos con los ojos fijos en la carretera, para cubrir la retirada de los otros por el caminito que allí desembocaba. El estruendo se hizo aún más fuerte. Las baterías francesas comenzaron a hacer fuego y a disparar, seguramente a ciegas. Era posible que más tropas avanzaran por el camino.

Los holandeses se aprestaron a salir de la granja. Se oían ya voces sofocadas en su idioma. Llamaban a los centinelas. Ulick se descolgó del árbol y dio la orden de cargar y disparar sólo cuando el bulto estuviera bien a la vista. Avanzaron a toda prisa y los holandeses se quedaron parados. Dispararon y las sombras se derrumbaron o saltaron o se dispersaron entre la maleza. De una patada, Ulick abrió la puerta de la granja. No quedaba nadie. Su compañía se atrincheró en el pequeño edificio y desde allí disparó a los holandeses que se retiraban.

Durante toda la noche escucharon los lamentos de los heridos. No entendían lo que reclamaban, pero era muy fácil de intuir.

Al amanecer, se pudieron hacer una idea de los hechos. Alrededor de la granja quedaban cinco cadáveres con las casacas azules y tres heridos en muy mal estado. La mirada se paseaba al azar por los alrededores y se tropezaba con un morrión abandonado, un reguero de sangre o la marca de muchas pisadas sobre el lodo.

La luz de la mañana brillaba sobre sus uniformes rojos, que llamaron enseguida la atención de los defensores de Tournai. Estaban demasiado cerca del enemigo. Se retiraron.

De vuelta al campamento, Ulick pasó revista a la compañía. Salvo el sueco muerto, los demás presentaban rasguños sin importancia. Con todas las balas que se dispararon aquella noche, no se podían considerar mal librados.

—Va a tener razón el tío; los mosquetes sólo sirven para hacer humo —dijo Francis.

—Depende de desde dónde se disparen. Acuérdate de los holandeses que hemos tumbado esta noche —replicó Ulick.

Crosbie, el cirujano del regimiento, llegó para vendar algunos rasguños y heridas.

Sentado sobre la cureña de un cañoncito sueco de infantería, Francis pensaba en todo lo sucedido en el combate, el primero al que había asistido, justo la noche antes de convertirse en ingeniero. Se dio cuenta de que no sabría establecer un relato muy fiable de lo que pasó en la granja. Sólo que dejó de pensar, que golpeó a alguien con su espada y que se pasó la noche escuchando

los gritos desgarradores de unos pobres desgraciados a los que dejó morir. Eso no venía en el *Telémaco* ni en *Los viajes de Ciro*.